LA OTRA COLECCIÓN

A Clara no le importaba si lo que hacía era un delito, porque era lo único que le daba sentido a su vida.

Siempre se había creído insignificante: ni alta ni baja, ni muy delgada ni robusta, ni bonita ni fea. Nunca se había casado, no tenía hijos y sus padres habían muerto varios años atrás. A los 55 años, Clara era alguien que no dejaba huella.

La idea se le presentó una noche de insomnio, sentada frente al televisor: si algunos coleccionaban objetos caros o pertenencias de artistas famosos, ella también lo haría. Sin embargo, su deseo era coleccionar vidas: seguir a las personas por las calles, fotografiarlas y documentar todo lo que hacían; abriría ventanas para ver el mundo de otros; vidas que jamás conocería. Dedicaría los fines de semana a buscar las “piezas” y en los demás días, cuando terminara su horario de trabajo en el archivo municipal, organizaría su Museo. No necesitaba más que la cámara de fotos de su celular, un block de notas y su vieja computadora.

Clara pensaba que el mayor reservorio de coleccionables era la plaza principal de la ciudad. Terminaba septiembre y con la llegada de la primavera la naturaleza renacía: los jacarandás, con sus flores violáceas, pero aún sin hojas, tenían la delicadeza de una acuarela. Competía con ellos el amarillo radiante de las retamas, que abrazaban con su perfume a los bancos de madera pintados de blanco. Un espacio central, cruzado por caminitos empedrados, alojaba canteros con flores que estallaban en un desorden de colores.

Aletargada por la soledad y el silencio del subsuelo donde trabajaba, a Clara la maravillaba la efervescencia: adolescentes erguidas, que mostraban unos centímetros de piel desnuda en la cintura, miraban con desdén a los reacios a abandonar los abrigos de invierno; jóvenes que tomaban sol mientras leían, inmunes a los gritos de los niños que jugaban alrededor; madres que llamaban a los

que ensayaban la osadía de alejarse solos; transeúntes morosos. que interferían el paso de los que iban apremiados.

El primer sábado Clara pasó un largo rato intentando elegir. En un banco, un anciano con el aspecto de un profesor jubilado leía un periódico. Una pareja corría hacia un auto mal estacionado. Una madre hamacaba a un bebé llorón sentado en su cochecito. Varias personas formaban fila esperando uno de los colectivos urbanos. Entre ellas, la atrajo una joven de cabellos negros con mechas de color fucsia: su Galería empezaría con ella. Como todas las obras de arte tienen un nombre, Clara la llamó “Magenta”. La chica llevaba un morral de cuero, quizás con una computadora portátil adentro, y dos libros en la mano. Tenía puestos unos auriculares de los cuales debía de salir una música pegadiza porque se balanceaba con suavidad. Desde donde estaba, la coleccionista empezó a tomarle fotografías. Aunque estaba nerviosa, trató de hacerlo con el mayor disimulo. Luego se sumó a los que esperaban. Al subir al micro, eligió un asiento cercano a la puerta. No quería perder de vista a su presa cuando descendiera.

El vehículo hizo un recorrido por barrios que ella no conocía y que le mostraron las desigualdades en su ciudad: residencias opulentas rodeadas por parques muy bien cuidados le daban la espalda a viviendas improvisadas con cartones y planchas de zinc; autos de alta gama se cruzaban en las calles con otros que tendrían por lo menos dos décadas; mujeres con cabellos platinados y ropas de alta costura apartaban la vista cuando se les acercaban niños con camisetas rotas pidiendo una ayuda para comer.

Magenta bajó del bus frente al edificio de la Universidad. El seguimiento terminaba ahí: era imposible saber cuándo saldría. Cuando regresaba, Clara creyó ver una figura disimulada en un umbral, pero se dijo que sus nervios la estaban engañando.

Ya en su casa empezó a organizar los archivos que compondrían su proyecto: ese día se había convertido en la curadora de un Museo; el suyo. A pesar de que muchas fotos tenían algún defecto, Clara

estaba complacida. Ella no tenía la intención de causarle daño a nadie; sólo quería nutrirse de esos retazos de vidas ajenas.

Así, un fin de semana tras otro su deseo fue cobrando forma: carpetas dentro de otras en un orden estricto como el que llevaba en su trabajo; ser archivista le estaba resultando valioso. Al pie de cada foto, registraba el nombre de la pieza y la fecha del hallazgo. En un archivo de texto detallaba el seguimiento.

Los fines de semana lluviosos, daba vueltas por la casa como si estuviera prisionera. Entonces repasaba las fotos de su colección, como la de aquella mujer con un niño en un supermercado, captada en el momento en que escondía unos estuches de jabón de tocador en la mochila del pequeño; también las de aquel hombre que bajó del auto de su pareja y que después de caminar tres cuadras entró en un hotel con una mujer que lo esperaba en la esquina.

Un tiempo después, se le presentó un dilema: por la plaza iba una mujer que vestía una túnica de color mostaza, bordada con hilos rojizos, y vio también al anciano de siempre. Cada vez que iniciaba una búsqueda, el hombre estaba inmóvil en el mismo banco; parecía no haber cambiado de posición entre un sábado y el siguiente. Clara imaginó que hasta los pájaros a su alrededor se habían posado en las ramas de un jacarandá y ya no cantaban.

Se decidió por la “Mujer hindú”: tenía más o menos su edad, pero lograba algo que a ella nunca le había sucedido: atraía la mirada de los hombres. Dejaría al “Profesor” para la semana siguiente.

Caminando detrás de la mujer, la vio entrar en una panadería y, cuando salió, lamentó que la cámara no pudiera registrar el intenso olor a vainilla que salía de la bolsa de papel que llevaba.

El segundo destino fue una juguetería: a través de la vidriera la retrató mientras elegía un conejo de peluche blanco que la vendedora guardó en una caja con un moño amarillo. Desde allí, la siguió hasta el decrépito hospital municipal que estaba a la vuelta de la esquina. La coleccionista la vio lentificar el paso, detenerse unos

segundos y, finalmente, trasponer las puertas con la pintura descascarada.

El tiempo se estiró para Clara, aunque allí no temía ser vista; la vereda del hospital siempre estaba colmada de peatones.

Cuando la “Mujer hindú” salió ya no llevaba el envoltorio, pero sí un pañuelo con el que se secaba los ojos. Lo que Clara intuía le dejaba un sabor amargo y pensaba desistir, cuando vio que la otra caminaba hacia ella, la miraba a los ojos y le preguntaba por una parada de taxis en los alrededores. Necesitó varios minutos para tranquilizarse. ¿Qué haría si alguna vez fuera descubierta? A veces la había asustado un movimiento fugaz en su campo visual o un sonido de pasos que se alejaban. Jamás encontró nada sospechoso a su alrededor, pero no dejaba de pensar que alguien sabía lo que hacía. Cuando era así, abandonaba el seguimiento.

Esa noche recordó la belleza del rostro de la mujer: la piel bronceada, las cejas gruesas y unos ojos negros llenos de lágrimas que la habían mirado con calidez. Clara entendió por qué hombres y mujeres se volvían a mirarla y lamentó no haber tenido la oportunidad de tomar un primer plano de esa cara. Con la práctica mejoraba su capacidad para elegir las mejores piezas y ya lograba unas fotografías que podrían pasar por profesionales.

Una tarde, al archivar las fotos del día, descubrió que un virus había infectado su computadora: su Museo se había perdido. Sintió vértigo. No era posible. Se desesperó. Trató de rastrear las fotos, que eran lo más importante. Había pasado meses siguiendo a sus piezas y ahora no le quedaba nada. Literalmente, nada. Su existencia desaparecía. Se preguntó si un experto podría recuperar algo, pero no sabría cómo explicar el porqué de esas fotos que denunciaban que los perseguidos ignoraban serlo. Sin embargo, una sensación de vacío la obligó a buscarlo, pero fue inútil: el técnico le dijo que tendría que formatear el disco rígido y reinstalar el sistema operativo para eliminar la amenaza. Le preguntó si había guardado la información importante en la Nube, pero Clara no lo escuchaba.

Aunque encontrara a las mismas personas y volviera a retratarlas, no sería lo mismo. A pesar de todo, debía sobreponerse y continuar; no tenía otra razón para vivir.

Un sábado llegó a la plaza buscando al “Profesor”. El viejo ya era parte del paisaje. Sin saber por qué, Clara sintió aprensión cuando lo vio sentado en el mismo banco, leyendo el periódico con idéntica actitud. Apenas se le cruzó la idea de que nadie se sentaba a su lado.

Desde una distancia prudencial, lo observó: aparentaba unos 80 años; tenía el cabello canoso peinado con pulcritud, la barba y los bigotes de un blanco amarillento y arrugas como cicatrices en la frente. Las cejas negras introducían un contrapunto sobre los ojos de un color indefinido entre el gris y el celeste. Tenía un gesto en la boca que parecía una sonrisa, pero pronto Clara notó que era una mueca permanente. El Profesor alternaba la lectura con una mirada distraída a su alrededor.

Cuando se levantó, apoyado en un bastón que parecía más un adorno que un sostén, se acercó a un pintor callejero que creaba paisajes y planetas con el rocío de sus aerosoles; le dijo unas palabras y cruzó la calle.

Clara lo siguió hasta un café y se sentó a unas mesas de distancia, fingiéndose absorta en la lectura de su block de notas. El Profesor sacó del bolsillo de su camisa una pequeña libreta de cuero marrón y algunos lápices negros y se puso a dibujar. El gesto en las comisuras de sus labios pareció endurecerse. Debido a la distancia, ella no distinguía lo que hacía, sólo veía que daba unos trazos, sombreaba y difuminaba con los dedos. Así llenó dos páginas.

Cuando salió del bar pasó junto a Clara y la coleccionista creyó que entrecerraba los ojos. Sintió asco al percibir un olor rancio debajo del perfume que él usaba. Se demoró un largo rato en el bar, más por el recelo de encontrarlo en los alrededores que para saborear su té de menta. Ese encuentro le había dejado una sensación como las que tenía al despertar de una pesadilla. Se preguntó si no sería hora de buscar un nuevo yacimiento: en la

ciudad había bares, supermercados, incluso un shopping. Encontraría nuevas piezas y no correría el riesgo de ser reconocida. Se había aficionado a la cacería de vidas; no podía detenerse. Tampoco quería hacerlo. Ahora su monótono trabajo en el archivo municipal ya no lo era tanto.

Al día siguiente la alivió ver que, por primera vez, el Profesor no estaba en la plaza. Entonces vio sobre el banco la libreta de cuero marrón con un autoadhesivo en la tapa. Dudó sobre la conveniencia de acercarse, pero la curiosidad la dominó. En el papel decía: *"La verdad está en el final".*

También la libreta tenía el tufo que la había repelido el día antes. Un frío anormal para esa mañana de diciembre la fue invadiendo mientras pasaba las páginas llenas de dibujos. Eran figuras humanas, pero todas eran suyas: ella trabajando en el subsuelo del edificio municipal; ella en la plaza con su celular y su block de notas; ella mirando a unos niños en las hamacas de un parque; ella frente al hotel donde había entrado el adúltero; ella en el micro detrás de Magenta; ella hablando con la Mujer hindú en la vereda del hospital; ella en el café mirando dibujar al Profesor.

Al llegar a la última hoja, no pudo evitar el pánico: era sólo un boceto, pero la representaba en ese mismo instante, de pie junto al banco de la plaza sosteniendo la libreta de cuero marrón con el adhesivo en la tapa.

Debajo de la imagen decía: *"Pasaste meses coleccionando vidas ajenas, Clara. Hoy tú eres parte de mi colección".*

Liliana Fassi